

LUIS EMILIO RECABARREN Y EL MUNICIPIO POPULAR EN CHILE (1900-1925)

GABRIEL SALAZAR*
SUR Profesionales Ltda.
Santiago de Chile

1. EL PERFIL HISTÓRICO DE RECABARREN: ¿POLÍTICA NACIONAL O POLÍTICA POPULAR?

En la tradición populista chilena, Luis Emilio Recabarren, obrero tipógrafo (1876-1924), ha ocupado un lugar preeminente entre los fundadores del movimiento obrero organizado y de la izquierda socialista-comunista. Se le ha situado, junto a los presidentes Pedro Aguirre Cerda y Salvador Allende Gossens, entre los caudillos históricos reconocidos en esa tradición.

A la inversa de otros países latinoamericanos, en Chile el populismo no se desarrolló como un movimiento de masas siguiendo a un líder carismático, sino —entre 1922 y 1973 sobre todo— como un subsistema de partidos políticos de centro-izquierda con inserción parlamentaria y voluntad programática para operar el Estado vigente —liberal— en un sentido “nacional-populista”¹. A través de este subsistema, claramente centrado en el Estado, las elites de la Izquierda han intentado, en coyunturas críticas y “en representación de los intereses del pueblo”, poner en juego programas de intención socialista.

En el largo plazo, el sesgo institucionalista del populismo chileno ha determinado que el perfil histórico de los caudillos populares refleje de modo prominente el rol jugado por ellos en la fundación o desenvolvimiento de esa ‘institucionalidad’, mientras ensombrece su real liderazgo social. El perfil del presidente Aguirre, por ejemplo, está atado a *su esfuerzo* por construir el Estado Nacional-Desarrollista (durante su gobierno se creó la Corporación de Fomento a la Producción), con el *apoyo* del Frente Popular y la Confederación de Trabajadores de Chile (CTCH). El del presidente Allende, en cambio, lo está a *su empeño* por construir el Estado Popular (proto-socialista) con el apoyo de la Unidad Popular y la Central Unica de Trabajadores (CUT)². El caudillismo de Recabarren, por su parte, más antiguo y menos institucional que el de ambos presidentes, ha sido reducido a su esfuerzo pionero por fundar las bases sindicales y partidarias que permitieron a esos presidentes (y a sus movimientos de apoyo) poner en juego sus programas populistas.

En Chile, el caudillismo (o populismo) no se ha inscrito como un fenómeno propio del movimiento social, sino adscrito como un fenómeno propio de la estatalidad. De este

*Académico Facultad de Filosofía y Humanidades U. de Chile.

¹ Para una caracterización de este subsistema, ver, de Alan Angell, *Politics and the Labour Movement in Chile* (Oxford University Press, London, 1972). Sobre el “nacional-populismo”, E. Valenzuela, “La experiencia nacional-populista”, *Proposiciones* 20 (1991).

² Ver de J.R. Stevenson, *The Chilean Popular Front* (Philadelphia, 1942); P. Drake *Socialism and Populism in Chile* (Urbana, Ill., 1978), y A. Valenzuela, *The Breakdown of Democratic Regimes: Chile* (J.Hopkins U.P., 1978).

modo, los líderes que actuaron con anterioridad a la constitución del sistema populista, o como líderes orgánicos del movimiento social, han sido estereotipados como 'precursores' o 'pioneros', o bien se les ha despojado del metabolismo social de su caudillismo y de su rol en la contemporaneidad, perpetuándose sólo su impacto estatalista o/y su vinculación funcional con el subsistema populista. Tal ha sido el problema que ha afectado al perfil histórico de Recabarren.

Después de 1973 la institucionalidad populista ha sido prácticamente desmantelada en Chile. Las bases populares se hallan actualmente en una situación de exclusión, pero, a la vez, en necesidad de desarrollar su autonomía. En este contexto, tanto la constitución de movimiento social como la constitución de liderazgo tienden a plantearse de un modo diferente a la época "nacional-populista". En el contexto de estas nuevas perspectivas, el caudillismo específico de Recabarren —que se desarrolló en una época de exclusión y autonomía del movimiento popular— recobra relevancia, por su inserción en el movimiento social de base y por la naturaleza sociocrática de su proyecto político.

La necesidad de develar esta dimensión oculta del liderazgo histórico de Recabarren estructura el sentido global de las notas que siguen.

2. EL TIEMPO DE RECARBAREN: ECONOMÍA, ESTADO Y SOCIEDAD

El período histórico en que actuó Recabarren estuvo regido por la crisis regresiva de las estructuras económicas y políticas que habían predominado en el siglo XIX chileno, y por el desenvolvimiento político progresivo del movimiento social del "bajo pueblo"³.

Durante el siglo XIX el comercio exterior chileno experimentó una expansión acelerada, impulsado sobre todo por las casas comerciales (en su mayoría inglesas) que se establecieron en Valparaíso y otros puertos de la República desde 1820. Hasta 1870, aproximadamente, las elites criollas se asociaron a esas casas, reservándose para sí el control de las empresas que producían las mercancías de exportación (haciendas, molinos y fundiciones metalúrgicas, sobre todo), cediendo el transporte ultramarino y la comercialización exterior, y compartiendo con aquellas casas la banca y el crédito⁴. Bajo tal conducción, Chile ingresó en un rápido —aunque desigual— proceso de modernización capitalista.

La dinámica alcanzada tempranamente por el comercio exterior requirió ejecutar una adaptación mercantilista del Estado. Es lo que realizó, entre 1829 y 1833 —al coste de una guerra civil—, el grupo de mercaderes y hacendados liderado por Diego Portales. El Estado "portaliano" resultante fue centralista, autoritario, dotado de un Ejecutivo con incontrarrestable poder electoral, que permitió mantener a la oposición al margen de toda decisión relevante durante treinta años. Se intentó, inicialmente, aplicar una política económica proteccionista, pero pronto la hegemonía de hecho alcanzada por los mercaderes foráneos se reflejó en la legalidad, que aseguró para aquéllos la libre gestión interna e incluso un conjunto de exenciones y privilegios. Así estructurada, la modernización

³ La expresión "bajo pueblo" fue utilizada por las elites chilenas del siglo XIX como sinónimo de "clase plebeya". Sobre el período indicado, G. Vial, *Historia de Chile* (Santiago, 1984), vol. I, Tomo II.

⁴ Ver de E. Cavieres, *Comercio chileno y comerciantes ingleses* (Valparaíso, 1988).

económica mercantilista se expandió en todas direcciones, reduciendo a crisis, por doquier, al pequeño empresariado productivo local⁵.

Ante eso, las "clases productoras" reaccionaron de manera beligerante, percutando las "guerras civiles" de 1851 y 1859, y obligando al Estado portaliano, desde 1861, a realizar una relativa apertura política⁶.

La crisis minera de 1873 y la monetaria de 1878 alteraron significativamente la situación económica del régimen portaliano: se derrumbó gran parte del sector exportador y se desnacionalizó gran parte del sector financiero, lo que precipitó a la elite empresarial criolla en una persistente decadencia. La anexión del territorio salitrero tras la Guerra del Pacífico (1879-1884) permitió encubrir la profundidad de esa crisis, pero no produjo la recuperación capitalista de la oligarquía, ya que la mayor parte de los excedentes generados por el nuevo sector exportador fue absorbida por las compañías extranjeras y por el Estado. Después de 1891, la hegemonía del empresariado extranjero se extendió a todas las esferas de la economía nacional, transformándose sin disputa en el motor estratégico de la modernización del país⁷. Las elites locales fueron compelidas a trabajar rubros acumulativos de segunda clase (especulación bursátil, renta urbana, "gestiones políticas", etc.) y a incurrir en diversas exacciones al presupuesto fiscal. Aparecieron déficit en la Hacienda Pública y fisuras en la ética administrativa y en el centralismo gubernamental, lo que, a la larga, terminó por imponer en el Estado un régimen parlamentarista relajado y abierto⁸.

De este modo, entre 1891 y 1925 —período en que actuó Recabarren—, la sociedad chilena presenció, de un lado, la desintegración del autoritarismo, la instauración del parlamentarismo y la politización más bien frívola de la oligarquía surgida en el siglo XIX; y de otro, una modernización mercantil e industrial liderada por casas comerciales y bancos extranjeros, tolerada y privilegiada por los gobiernos liberales de turno. Ante eso, diversos sectores sociales hicieron pública su sensación de crisis y decadencia, y su voluntad nacionalista⁹.

A lo largo de ese proceso, la clase popular experimentó transformaciones de importancia. En primer lugar, la modernización mercantil aisló y paralizó las tres ramas productivas del empresariado popular (el campesinado, el artesanado y el pirquineraje minero), abriendo en su base válvulas de desecho por donde se precipitaron miles de jóvenes vagabundos ("rotos", o peones-gañanes). En segundo lugar, y como efecto de lo mismo, se produjo en la clase popular un repliegue subjetivo hacia su identidad social cotidiana, en torno a la cual se desarrolló no sólo la rebeldía del peonaje flotante, sino también el mutualismo de los trabajadores por cuenta propia. En tercer lugar, y como efecto de lo segundo, se gestó un movimiento social conjunto, que combinó una 'política popular' de puertas adentro, reivindicaciones gremiales y alzamientos con descatos de tipo insurreccional¹⁰.

⁵ Sobre proteccionismo, S. Villalobos, *El proteccionismo económico en Chile, siglo XIX* (Santiago, 1987). Sobre crisis del empresariado productivo, G. Salazar, "Empresariado popular e industrialización: la guerrilla de los mercaderes. Chile, 1830-85", *Proposiciones*, 20 (1990).

⁶ S. Grez, "Les mouvements d'ouvriers et d'artisans au Chili au XIX^e siècle" (Tesis Doctoral, U. de París, 1990).

⁷ Ver T. Pinochet Le-Brun, *La conquista de Chile en el siglo XX* (Santiago, 1909), y F.A. Encina, *Nuestra superioridad económica* (Santiago, 1911).

⁸ P. Reinsch, "Parliamentary Government in Chile", en *American Political Science Review*, 3 (1909).

⁹ C. Gazmuri, *Testimonios de una crisis* (Santiago, 1979).

¹⁰ Sobre este problema, S. Grez, loc. cit.; G. Salazar, *Labradores, peones y proletarios* (Santiago, 1985).

En general, la clase popular no asumió ni masiva ni entusiastamente el tipo de proletarianización que le ofrecían las elites patronales y el Estado (trato de peón, pueblo de la compañía, monopolio comercial, ley seca, castigos físicos y salario desmonetizado). El gañán prefirió, a eso, el vagabundaje y/o el bandidaje, mientras el trabajador por cuenta propia prefirió cultivar su autonomía en mutualidad. El emergente proletariado industrial —con un alto número de mecánicos extranjeros— se movilizó, por su parte, en pro del proteccionismo industrial y contra la oligarquía “agiotista”¹¹.

En añadidura, a fines del siglo XIX irrumpió una presión inflacionaria que alzó costos y precios y deterioró salarios. La vida proletaria, ya comprimida al máximo en los conventillos urbanos, se hundió en una crisis profunda: los índices de morbilidad, mortalidad, alcoholismo y prostitución alcanzaron niveles record, en tanto la delincuencia rural y urbana se tornaba incontrolable¹². Estalló una seguidilla de huelgas y asonadas callejeras que, entre 1890 y 1907, fueron sangrientamente reprimidas por el Gobierno y el Ejército¹³. A la extranjerización de la economía, el vicio parlamentarista y la vergonzosa “cuestión social”, se sumó (en la conciencia oligárquica) la amenazante entrada en escena de anarquistas, socialistas y “subversivos” en general¹⁴.

Fue así que, después de 1900, la sensación de crisis se apoderó de la imaginación ideológica de los principales actores sociales y políticos del país. De allí surgió una actitud de crítica radical, pero también de propuesta de cambio. Desde de 1910, la predisposición reformista se acrecentó hasta configurar, después de 1918, una atmósfera epocal pre-revolucionaria. Fue en este contexto que L. E. Recabarren desarrolló su proyecto histórico popular, su propuesta sociocrática, y su propio caudillismo.

3. LA ‘POLÍTICA POPULAR’ DE RECABARREN: DE LA DEMOCRACIA PARLAMENTARIA AL PUEBLO INTELIGENTE (1894-1912).

La derrota experimentada por las “clases productoras” en las guerras civiles de 1851 y 1859 produjo una primera ruptura entre la clase política populista y el emergente movimiento popular, pues quedó en evidencia que los “girondinos chilenos” (o “liberales rojos”) no habían representado en esas luchas el proyecto específico del empresariado popular, sino su europeizado interés político¹⁵. Después de esa ruptura, las organizaciones populares (micro-empresas, mutuales y bandas, sobre todo) se distanciaron críticamente de la clase política, optando por desplegar en todas direcciones su propia identidad y autonomía. Echando así las bases para un ‘política popular’ de fuerte contenido societal¹⁶.

¹¹ G. Salazar (Ed.), “Chile, historia y ‘bajo pueblo’”, *Proposiciones* 19 (1990).

¹² Sobre la “cuestión social”, A. de Ramón *et al.*, *Santiago de Chile: características histórico-ambientales, 1891-1924* (Londres, 1985).

¹³ G. Kaempffer, *Así sucedió* (Santiago, 1962).

¹⁴ Acerca de la politización del movimiento popular: J. Morris, *Las elites, los intelectuales y el consenso* (Santiago, 1967), y P. De Shazo, *Urban Workers and Labor Unions in Chile* (Madison, 1983).

¹⁵ Sobre los populistas de este período, S. Grez, *op. cit.*; B. Vicuña, *Los girondinos chilenos* (Santiago, 1989) y C. Gazmuri, *El ‘48’ chileno* (Santiago, 1992).

¹⁶ Un ejemplo de esa crítica: “Semejantes protectores... son mentidos... cuando hayan concluido las votaciones, ya no os conocen...(de modo que) no es por tal o cual persona por la que vamos a trabajar, sino por los principios, para mejorar un día la condición social”, *La Libertad* 1:1 (1851), p.2.

Intuyendo la crisis, los grupos liberales de mayor sensibilidad democrática asumieron la representación de ese soterrado movimiento social e intentaron cooptarlo, dado que los líderes de base se esforzaban, paralelamente, por abrir un camino hacia la política nacional. De esa intersección surgieron, en 1863, el Partido Radical, y en 1887, el Partido Democrático, cuyos programas incluían la reforma de la Constitución, la democratización electoral, el proteccionismo industrial y la defenestración estatal de la Iglesia Católica¹⁷.

No obstante, la decadencia capitalista de la oligarquía aumentó las filas de la clase política y la utilización especulativa del presupuesto fiscal. Surgieron intereses parlamentarios distintos a los de la representatividad, identidades corporativas supra-partidarias y pactos cruzados que indujeron a los políticos de todas las tendencias a seguir trayectorias erráticas y zigzagueantes, alejándose de sus programas (y promesas) populistas más que acercándose a ellos. Ante eso, la base social restableció periódicamente su distancia crítica y su autonomía, volteando siempre a la izquierda del populismo institucional.

La 'política popular' osciló, pues, durante el período 1848-1912, entre la lealtad programática de los partidos populista con inserción parlamentaria, y la politización autónoma de las organizaciones sociales de base. Debatándose en esa franja tensa e inestructurada, nació el (abigarrado) socialismo chileno y el liderazgo (social) de Recabarren.

Entre 1894 y 1912, L. E. Recabarren hizo política popular militando en el Partido Democrático. Debió, por tanto, atenerse a un programa populista que se proponía "igualar las condiciones sociales" por medio de la lucha electoral, la gestión parlamentaria y la vía pacífica, a objeto de alcanzar el poder legislativo necesario a ese fin¹⁸. Basado en esas opciones militantes, Recabarren descartó y criticó de modo sistemático el anarquismo, el mutualismo apolítico y las vacilaciones populistas de los partidos Radical y Liberal-Balmacedista. Así, cuando en 1904 un líder anarquista le exigió que definiera su socialismo, Recabarren respondió que "entre los medios que llevo en mi bagaje para hacer la revolución está el parlamentarismo"¹⁹. Sin duda, en esa época, Recabarren asumía la lucha socialista uniendo la acción social con la acción parlamentaria. En 1898 —tenía 22 años— escribió:

"Nosotros clamamos justicia social. Nosotros pedimos instrucción para el pueblo, como medio de emancipación social. La instrucción general y obligatoria en el pueblo traería, con el transcurso de los años, una transformación social en beneficio directo del pueblo"²⁰.

Lo que podría entenderse como que la educación popular "general y obligatoria" debía establecerla el Estado, tras una eficiente labor parlamentaria del Partido. Y que, por lo tanto, la "transformación social" debía esperarla el pueblo de la política estatal. Sin embargo, en 1901, refiriéndose a la prensa obrera, señaló que "su misión sagrada es contribuir a la ilustración y difundir la cultura en las costumbres de los pueblos"; con lo cual implicaba que el pueblo podía iniciar desde ya la educación popular y la transforma-

¹⁷ Ver H. de Petris *Historia del Partido Democrático* (Santiago, 1942) y S. Guilisasti, *Los partidos políticos chilenos* (Santiago, 1964).

¹⁸ Una visión contemporánea del socialismo chileno de la época en A. Escobar "Inquietudes políticas y gremiales a comienzos de siglo", *Occidente*, 120 (1959).

¹⁹ *Tierra y Libertad*, Casablanca, 2da. Quincena, agosto.

²⁰ *La Tarde*, Santiago, 15/03/1898.

ción social, desarrollando en la base su propia política popular, sin esperar, necesariamente, los resultados de la gestión estatal²¹. Es evidente que el segundo curso de acción (política popular ahora) no sólo complementaba o anticipaba al primero (política nacional con resultados diferidos), sino que, al enfatizarlo, imponía condiciones y deberes al mismo Partido, e incluso, en una situación límite, podía tornarlo superfluo y prescindible. Cuando, desde 1902, Recabarren comenzó a enfatizar la acción social, planteó también ciertas condiciones al Partido. Por ejemplo, que sus representantes, a todo nivel, fueran siempre de genuina identidad proletaria: "Si el obrero quiere enviar representantes al Congreso o municipio, debe enviar a sus propios compañeros, debe enviar a obreros, que son los únicos que saben representar sus intereses y nunca dan su voto a los que son sus opresores"²².

Del concepto de representación exclusivamente popular (que regía la composición militante del Partido) al concepto de "autonomía en la acción" (que a su vez regía su acción parlamentaria y sus alianzas) había sólo un paso lógico. Unidos, ambos conceptos constituían una base formidable desde donde criticar la conducta global de un partido populista parlamentario. Es lo que, desde 1902, comenzó a hacer Recabarren: "El Partido Democrático, en su incierta marcha del pasado, se ha visto expuesto a perder su personalidad y a desaparecer del escenario político... hemos luchado para coadyuvar al progreso del liberalismo, y de esas luchas no ha resultado ningún producto que alivie la triste condición de los trabajadores". Pero, militante aún, razonaba que se podían olvidar esos errores y "presentarnos en la línea electoral dentro de la más estricta autonomía de acción"²³.

Ambos conceptos se consolidaron aun más desde que la Combinación Mancomunal de Obreros de Tocopilla —fundada en 1902 como réplica a la "combinación" patronal de salitreros— se tomó un sitio en plena pampa, en 1904, para levantar su sede, que, al poco tiempo, con resonante éxito, defendió del ataque policial. La Mancomunal fue en sí misma una organización regional de organizaciones sociales y gremiales, cuyo objeto era desenvolver en todos sentidos el movimiento popular y enfrentar con más unidad y autonomía a la clase patronal y al Estado. En los hechos retomó y expandió tanto el cooperativismo como la democracia de bases desarrollada puertas adentro, a lo largo de 70 años, por las sociedades mutuales, pero dentro de una línea de confrontación clasista y proyección socialista²⁴. Su aparición y rápida multiplicación patentizó la fuerza contenida en la 'acción social', hecho que impresionó profundamente a Recabarren.

La Mancomunal de Tocopilla —escribía Recabarren en 1904— significaba para el pueblo libertad de asociación, libertad de comercio, ahorros evidentes y reales, servicio médico oportuno, etc. Además, como lo demostró la defensa de la sede, poderío en la acción directa. Entusiasmado, afirmó: "La Sociedad Mancomunal de Obreros de Tocopilla será antes de un año la asociación más poderosa de Sud América, sin exageración"; aparte de que podía exhibir desde ya, como en anticipación, los "hermosos frutos del socialismo tocopillano"²⁵. La realidad del "socialismo tocopillano" ponía de relieve un

²¹ *La Democracia*, Santiago, 7/04/1901.

²² *El Trabajo*, Iquique, 23/02/1902.

²³ *La Opinión*, Santiago, 15/09/1902.

²⁴ E. Devés y X. Cruzat, "El movimiento mancomunal en el norte salitrero. 1901-1907" (Santiago, 1987), Documento de Trabajo. 3 vols.

²⁵ *La Voz del Pueblo*, Valparaíso, 23/04/1904.

tercer concepto importante: las ventajas del protagonismo directo (local) de la base social, por sobre el trámite político (nacional) de las demandas: “El tiempo, que es el mejor maestro, nos ha probado hasta la evidencia que nada conseguiremos pidiendo, puesto que hasta hoy sólo hemos obtenido promesas vanas. Entonces hemos quedado colocados ante este dilema: o tomamos por derecho la parte de vida y felicidad que nos corresponde, o moriremos aplastados por la ignorancia y la miseria”²⁶.

Es evidente que, al constituir el concepto “tomar por derecho” (es decir, la soberanía del protagonismo social), en el marco de sus conceptos previos de proletariado y autonomía de acción, Recabarren devaluaba no sólo el peticionismo al Estado sino también el trabajo populista del Partido en el frente estatal. A cambio, valorizaba ámbitos como la organización local y la comuna. Era así inevitable que Recabarren desarrollara su política popular criticando y deslegitimando las instituciones centralistas a través de las cuales se proyectaba el parlamentarismo de “los caballeros de Santiago”, tensionando con ello sus relaciones con el Partido.

Primero deslegitimó la clase política civil: “el gobierno del país, el Congreso y los municipios, las autoridades judiciales y toda la mazorca que constituye la llamada administración del país está formada, directa e indirectamente por las mismas personas dueñas del capital; entonces, el bienestar que buscamos debemos conseguirlo nosotros mismos bajo la bandera de la Combinación Mancomunal”²⁷. En segundo lugar deslegitimó las Fuerzas Armadas: “¿para qué sirve el Ejército ahora? Para aplastar a la clase obrera; para ponernos cadenas y defender a nuestros tiranos”. Por lo tanto, propuso: “trabajemos incansablemente para que se acaben los soldados”²⁸. En tercer lugar, deslegitimó el populismo de Estado al rechazar, por ejemplo, el sistema de ahorro establecido como una norma compulsiva para el pueblo, porque lo ahorrado por esa vía “sería una tentación para los ricos”. A cambio, exaltó el sistema mutuo de ahorro: “el trabajador que pertenece a una Mancomunal no necesita hacer ahorro, porque con las cuotas que paga tiene ahorros de sobra para atender sus horas de desgracia...”²⁹.

Eso no fue todo: también embistió contra el mismo centralismo estatal: “El actual sistema de gobierno llamado unitario es, sin duda, el más... productivo para los caballeros que mangonean la dirección del país”³⁰. Y agregó: “Todos los pueblos de Chile son un pozo de oro, pero nunca serán suficiente para calmar el derroche de los caballeros de Santiago”³¹. Era preciso, pues, dismantelar la presencia local de ese Estado: “en cuanto a la plaga de intendentes y gobernadores, el Partido Demócrata pide su extirpación... las funciones que hoy desempeñan esos empleados pueden realizarse con menos peligro y más economías por los municipios”³².

Luego fue el turno de la alienante “educación popular” impartida por el Estado (contra la cual exaltó la que en sus propias sedes impartían mutuales y mancomunales), y del corrupto sistema judicial. Pero también los anarquistas, radicales y socialdemócrata-

²⁶ *Ibidem*, 30/04/1904.

²⁷ *El Trabajo*, Tocopilla, 13/12/1903.

²⁸ *La Voz del Pueblo*, Valparaíso, 9/06/1904 y *El Trabajo*, Tocopilla, 29/11/1903.

²⁹ *El Trabajo*, Tocopilla, 8/11/1903.

³⁰ *Ibidem*, 20/10/1904.

³¹ *Ibidem*, 17/11/1904.

³² *La Voz del Obrero*, Taltal, 10/09/1904.

tas, que se habían hecho fuertes en Santiago y Valparaíso, fueron vapuleados, por haberse contagiado con la inoperancia del centralismo.

Tras consumir todas esas críticas, Recabarren sólo tenía una salida lógica: desarrollar el poder local autónomo de la base popular (“socialismo tocopillano”), pero con la siguiente proyección estratégica: “adueñarse de la administración local y general del país”³³. Esto lo condujo a sopesar el potencial político del Municipio.

Hacia 1904, el municipio era la única entidad político-administrativa al alcance del movimiento popular. Reformado en 1891 a iniciativa de Manuel José Irrarázaval, líder del Partido Conservador, el municipio había sido desprendido del sistema centralista del Estado y convertido en un órgano del gobierno local, autónomamente manejado por la Asamblea de Electores³⁴. Los parlamentarios, al aprobar la Ley de Comuna Autónoma, habían tenido en mente disminuir el poder electoral del Gobierno (aumentando el de los terratenientes). Sin embargo, la ley daba, a la vez, una oportunidad al pueblo para que, vía elección y Asamblea de Electores, “se adueñara de la administración”. Así lo pensó Recabarren: “Se creó la comuna autónoma para poner en manos del pueblo el derecho de administrar, por pequeños territorios, sus intereses, en una forma casi directa, que la ignorancia popular, aun hoy, no sabe aprovechar.

¿No cree el pueblo que habría más paz y mejoramiento material si se encargaran todos los servicios locales a los municipios porque en ellos están inmediatamente bajo de nuestra fiscalización por medio del derecho que ejercemos en las asambleas de electores?”³⁵.

Para adueñarse del municipio —decía Recabarren— bastaba “un poco de cordura y un poco de unión”, más “nueve hombres capaces de darnos esa parte de mejoramiento social que le corresponde a los municipios”³⁶. De modo que, en vista de que “los ricos han probado no saber administrar los intereses públicos”, era factible sacarlos de esos cargos “para que los pobres entren a lucir sus dotes y conocimientos en materia de buena administración”. Por lo que la consigna del día era: “¡a luchar por la conquista del poder comunal!”³⁷. Conquistado ese poder, no era difícil ampliarlo cuando, por ejemplo, los jueces locales “sean elegidos por el pueblo”³⁸.

El avance del “socialismo tocopillano” sobre el municipio local permitía levantar lo que Recabarren llamó “la democracia popular”³⁹. Este concepto reunía coherentemente, dentro de una concreta realidad local, todos sus principios políticos previos (proletariado, autonomía, acción social directa). Pero también ataba el Partido a esa realidad, desgajándolo no sólo de sus lealtades parlamentarias sino también de los nichos centralistas donde *se reproducía* la clase política⁴⁰. Pues la “democracia popular” —entendida por Recabarren como una colaboración orgánica entre Mancomunal y Municipio popular— exigía fortalecer los nichos locales donde podían formarse y desarrollarse los

³³ *Ibidem*, 16/07/1904.

³⁴ G. Salazar, “Movimiento popular, municipio y construcción de Estado: la propuesta de Recabarren”, *Página Abierta*, 69 (1992).

³⁵ *La Voz del Obrero*, Taltal, 17/09/1904.

³⁶ *Ibidem*, 7/08/1904.

³⁷ *Ibidem*, 8/10/1904.

³⁸ *Ibidem*, 20/08/1904.

³⁹ *Ibidem*.

⁴⁰ *Ibidem*, 14, 20 y 27/08/1904.

administradores sociales del “bajo pueblo”. Más aun: exigía reformar el conjunto del Estado para dar plena cabida a la potenciación política de la comuna. La lógica de la política popular tensionaba y trascendía a todo nivel la lógica de la política estatalista, demandando: “la revisión completa de la Constitución Política del Estado porque ella contiene aún muchas cadenas de la antigua esclavitud española, doradas con ciertas ideas de aparente libertad”⁴¹.

¿Podía el Partido Democrático seguir paso a paso la radicalización sociocrática de la mente de Recabarren?

Fundado en noviembre 20 de 1887 con el objetivo de representar intereses genuinamente proletarios, el Partido Democrático se incorporó de inmediato a las luchas callejeras del movimiento popular. Pero, según Recabarren, ya en la guerra civil de 1891 tuvo “su primer fracaso: se dividió en dos fracciones... y quedó destrozado”. En 1906, luego de una difícil reorganización, el Partido tenía 90 agrupaciones en todo el país, seis diputados electos y el control de varios municipios provinciales. Con todo, seguía convulsionado por sus dos tendencias: la “demócrata socialista” (encabezada por Bonifacio Veas y Luis Emilio Recabarren), y la “demócrata conservadora” (encabezada por Malaquías Concha)⁴². La elección de diputados de ese mismo año provocó un estallido público: Recabarren fue electo y despojado de su cargo por decisión del Congreso; según él, por la misma mayoría conservadora donde se enredaba el señor Concha. En verdad, la tendencia “conservadora” controlaba la dirección central del Partido, hecho que produjo el aislamiento progresivo del grupo provincial de Recabarren. Su consiguiente viaje a Buenos Aires (forzado por un proceso judicial en su contra) ensanchó las diferencias; entre otras razones, porque allí Recabarren fortaleció ideológicamente su opción socialista. Desde su auto-exilio, escribió: “Hasta hace poco he creído que la democracia y el Socialismo eran más o menos una misma idea, o que ambas se complementaban... Sin embargo, el estudio y mi presencia desde hace algunos meses en las filas socialistas de esta nación, me llevan hacia otro terreno más eficaz y completo que el de la Democracia. La democracia proclama la desaparición de las instituciones inútiles y su reemplazo por otras completamente distintas, *socializándolas*... Socialismo es la socialización común de la propiedad de la tierra y de los medios de producción”⁴³.

Lo que Recabarren aprendió en Buenos Aires fue, básicamente, que el programa socialista, además de la socialización del municipio (avance realizado por él en Chile), debía incluir la “socialización de los medios de producción” y un énfasis estratégico en la “lucha de clases” (‘principios’ recibidos desde Europa). Estos elementos de ortodoxia, aunque continuaron presentes en el pensamiento de Recabarren, no llegaron a sustituir el discurso propio del “socialismo tocopillano”, levantado a pulso por la Mancomunal y posibilitado por la existencia en Chile de la comuna autónoma, única en su especie. La fuerza y realismo de este discurso la percibió el propio Recabarren cuando, de regreso en Chile, intentó difundir los nuevos principios, tropezando —en sus palabras— “con grandes obstáculos puestos por los mismos obreros”⁴⁴. Este tropiezo lo condujo a retomar

⁴¹ *La Voz del Obrero*, Taltal, 22/10/1904.

⁴² *Ibíd.*, 30/01/1907.

⁴³ *La Reforma*, Santiago, 22/10/1907.

⁴⁴ *El Pueblo Obrero*, Iquique, 5/10/1907.

su línea original. Así, a comienzos de 1908, al examinar la seguidilla de masacres en que estaban muriendo “los actos enérgicos y violentos en que han actuado los proletarios chilenos”, concluyó que era preciso utilizar “una táctica más inteligente, menos violenta, más eficaz, menos bulliciosa: la organización poderosa y perfecta del proletariado en el terreno económico, político y corporativo, para sustituir inteligentemente por estos tres caminos a la actual sociedad. Lo demás será abatir las energías obreras”⁴⁵.

El desenvolvimiento del proletariado como un movimiento global capaz de *sustituir* la sociedad capitalista (en vez de una clase obrera organizada para *destruir* la clase burguesa) enfatizaba de nuevo la idea de un socialismo entendido como una democracia popular (local) capaz de proyectarse como modelo y como movimiento capaz de *construir* Estado. Entre 1908 y 1912 Recabarren continuó explicitando el socialismo “sustitutivo” y diluyendo en él la ortodoxia aprendida en Buenos Aires⁴⁶.

De todos modos, ni ese ideario ni esa ortodoxia podían solucionar su conflicto con la facción “conservadora”. En verdad, desde 1909 Recabarren y los socialistas de Tocopilla no querían sino romper con quienes habían “hecho causa común con los partidos de la clase opresora” y que, peor aun, constituían una dirigencia nacional compuesta “en su mayoría de elementos burgueses”. Así, pudo decir en 1912: “no sigamos siendo más carneros del Directorio General ni del Partido que lleva a la ruina la debilidad del fatal personaje don Malaquías Concha”⁴⁷. En acuerdo con esta actitud, los socialistas del norte designaron ese año su propio candidato al Congreso (Recabarren), contra el candidato oficial del Partido.

Se perdieron ambos, y el Partido expulsó a Recabarren.

4. LA POLÍTICA POPULAR DE RECABARREN: DESENVOLVIENDO LA “INTELIGENCIA DEL PUEBLO” (1913-1917).

La respuesta de las clases dirigentes a la movilización popular del período 1890-1907 fue, como se dijo, la represión. Tras la matanza de obreros de Iquique, 1907, las organizaciones sociales con más incidencia en el plano nacional (sociedades de resistencia y mancomunales, sobre todo) se debilitaron y tendieron a desaparecer. Las comunas autónomas fueron convertidas por la oligarquía en “feudos electorales”, impidiendo el desarrollo de la administración obrera. Entre 1908 y 1917, la “democracia popular” no encontró condiciones ambientales para crecer. Aparte de la Federación de Obreros de Chile (FOCH, creada en 1908 por un abogado conservador) ninguna otra federación popular se destacó en esos años⁴⁸.

De este modo, tras su ruptura con el Partido Democrático, Recabarren no halló condiciones favorables para el desarrollo de su liderazgo. Más bien al contrario: las enojosas disputas con sus ex correligionarios (en las que se vio envuelto por seis o siete años), sumadas a sus habituales intercambios con anarquistas y radicales, empañaron su

⁴⁵ *Ibidem*, 4/02/1908.

⁴⁶ Por ejemplo, *La Industria*, Valdivia, 20/11/1909.

⁴⁷ *El Despertar de los Trabajadores*, Iquique, 21/5/1912.

⁴⁸ P. De Shazo, *op.cit.*, y J. Morris, *op.cit.*

imagen pública. No es extraño entonces que el Partido Obrero Socialista, fundado por él en 1912 según el programa diseñado también por él mismo en 1909, no creciera en la base popular como pudo haberlo esperado. En 1914, por ejemplo, ese partido no tenía en la ciudad de Iquique más de 100 militantes, cuando en esa ciudad trabajaban más de 5.000 proletarios⁴⁹. El socialismo parecía haberse estancado ¿qué cabía entonces hacer?

Recabarren reaccionó ante la crisis afinando aún más su propuesta de “sustituir” la sociedad capitalista utilizando las “tres vías”: la gremial, la cooperativa y la política. En su análisis, la vía gremial conducía a resistir, mediante la huelga y otras acciones, la explotación económica del capitalismo, pero el uso y abuso de ese tipo de acciones podía redundar en un alza permanente de los precios, castigando de rebote a la misma clase trabajadora. Por su lado, las cooperativas (sociedades económicas populares) podían sustituir, vía competencia, a las empresas capitalistas, pero no podían escapar por sí mismas a los ciclos inflacionarios, ni podían —por la etapa de desarrollo artesanal en que se hallaban— revertir el signo de esos ciclos. De este modo —decía— “si los obreros, después de sus conquistas gremiales se ven ayudados por las cooperativas y aun así ven que no resuelven en forma estable y definitiva su situación ¿qué deben hacer?”. Y se respondía: “uniendo al sindicato y a la cooperativa la fuerza legislativa de la política”, y la “fuerza administrativa del municipio en cada pueblo”⁵⁰.

La tercera vía —que integraba y completaba el avance de las otras vías— era la propiamente política. Para Recabarren, la política era una “fuerza” que actuaba sobre dos planos simultáneamente: el nacional-legislativo y el local-administrativo, pero con su raíz afincada en el último. Pues la ‘fuerza’ emanaba de la articulación local de sus cuatro principios básicos (proletariedad, autonomía, acción directa y socialismo regional) que, al proyectarse al plano nacional asumía la forma de Partido (el Obrero-Socialista)⁵¹. La fuerza de la política se ejercía, por lo tanto, como poder realizativo local (autónomo) y como función legislativa nacional (expresiva de ese poder). El poder legislativo de la política emanaba, en última instancia, del poder social que administraba cada comuna. La ‘ley’, en este sentido, no podía entenderse como una norma soberana en sí misma, sino como la difusión legitimante de las decisiones asumidas localmente por el colectivo social. Por lo que Recabarren escribió: “Algún día desempeñarán funciones parlamentarias legislativas las Uniones Centrales de las sociedades obreras... La misión parlamentaria del socialismo la aprecio así: instruir a los de arriba en beneficio de los de abajo, hasta que el progreso abra más amplios horizontes al parlamentarismo”⁵².

La sustitución del capitalismo no se iba a producir, en todo caso, por una simple acción legislativa; tampoco por un asalto violento al sistema burgués, sino por el desarrollo permanente del socialismo local a través de sus tres ramales o vías⁵³. Esta estrategia exigía “encauzar la lucha de clases para evitar sus desastrosas acciones”, puesto que la verdadera política consistía en cultivar la “fuerza” en el mismo actor popular: “socialismo significa armar al pueblo de inteligencia para que sepa conquistar la felicidad”⁵⁴. Ahora bien, aspectos fundamentales de ese cultivo eran, para Recabarren, el

⁴⁹ *El Despertar...*, Iquique, 9/04/1914.

⁵⁰ *El Despertar...*, Iquique, 20/12/1913.

⁵¹ *Ibidem*.

⁵² *Ibidem*, 28/02/1914.

⁵³ *Ibidem*, 20/12/1913.

⁵⁴ *Ibidem*, 6/09/1914.

cooperativismo popular y la auto-educación. Sobre lo primero, señaló: “La cooperativa es un medio de lucha no muy conocido todavía y menos experimentado que la huelga, pero en el porvenir será un gran poder de transformación y de verdadera socialización colectiva... La cooperativa es un medio que se desarrolla con más inconvenientes, pero es más revolucionaria, más poderosa, más eficaz para la transformación que persigue el socialismo... necesita de más cuidado, de más inteligencia”⁵⁵.

Respecto a la auto-educación popular, señaló que era la tarea principal del agitador y del Partido. Primero, porque sólo ella podía contrarrestar los efectos nocivos de la educación formal y de “las cadenas a la conciencia popular” que esa educación imponía (“llenen el cerebro con cuentos religiosos y militares, llenos de fanatismo aterrador, hasta convencer al niño que debe dejarse matar por defender la religión y el capital ajeno”)⁵⁶. Segundo, porque era indispensable formar en el pueblo conciencia de soberanía, formación que nunca el Estado iba a entregarle, de modo que “hagamos nosotros un sacrificio de tiempo y dinero y mantengamos en cada ciudad una pequeña escuela en donde proporcionar, a los compañeros más desgraciados que nosotros, un poco de luz para formarles la conciencia de sus derechos”⁵⁷.

La auto-educación popular no sólo implicaba crítica a la educación formal, sino también a la ciencia oficial. Recabarren descartó de lleno los diagnósticos y propuestas de “esos sociólogos que se reservan el derecho de calificar ellos mismos si hay miseria o no, o si el salario satisface las necesidades de los asalariados”, como si las aspiraciones de los trabajadores se redujeran al mero aumento de salarios⁵⁸. La necesidad de “dar luz para alumbrarle al pueblo el camino más corto a su felicidad” sacaba a “esos sociólogos” del camino del movimiento popular, pero a la vez imponía un importante rol a los “agitadores” y, sobre todo, al periodismo obrero. Así definía Recabarren, en 1912, la misión de ese periodismo: “su misión no es defender al trabajador, sino instruirlo, enseñarlo y educarlo para que él solo se defienda de sus opresores”⁵⁹. Sobre todo, debía desarrollar en él su capacidad para administrar, legislar y para “instruir a los de arriba”. La sustitución del capitalismo requería poner en marcha una gran máquina auto-educativa, que exigía, de cada sede social o “casa del pueblo”, convertirse en un centro de estudio y reflexión cultural, económica, social y política⁶⁰. La gran tarea socialista de desarrollar la inteligencia popular tenía, pues, una importancia estratégica: “La inteligencia es la fuerza de las fuerzas. Los asalariados, sin acción inteligente no podrán adquirir ningún mejoramiento. La mayor actividad de un sindicato debe ser la profundización de la capacidad intelectual y moral del total de sus adherentes y sus familiares inclusive”⁶¹.

Sin duda, para Recabarren el desarrollo de la inteligencia popular no consistía en el aprendizaje de ciencias académicas, sino en el desenvolvimiento práctico de sus capacidades, mediante la multiplicación de sus veladas, conferencias, escuelas, expresiones teatrales, musicales, poéticas, periodísticas y, sobre todo, de sus acciones sindicales, cooperativas y legislativas. Ciencia e inteligencia, en esta perspectiva, se fundían en el

⁵⁵ “El Socialismo”, en Austral Eds. *El pensamiento de L.E. Recabarren* (Santiago, 1971), I, pp. 55-6.

⁵⁶ *La Voz del Obrero*, Taltal, 7/07/1904.

⁵⁷ *Ibidem*, 10/07/1904.

⁵⁸ *La Claridad*, La Unión, 27/11/1904.

⁵⁹ *El Despertar...*, 20/06/1912.

⁶⁰ *Ibidem*, 8/12/1914.

⁶¹ “Proyección de la Acción Sindical”, Austral Eds. loc cit. II, p.10.

desarrollo del movimiento social conjunto, por lo que no se necesitaba hablar por separado ni de 'teoría' ni de 'ciencia' ni —incluso— de política pura. Es sugerente, en este sentido, su definición de acción política: "Si el Partido Socialista... es el partido de la organización social de la humanidad, la acción política es sólo un medio, usado transitoriamente para utilizar esa fuerza en beneficio de nuestras aspiraciones colectivistas"⁶².

Teniendo clarificado el carácter y rol del socialismo local y del Partido Socialista, a Recabarren sólo le restaba precisar cómo utilizar la "acción política" para construir en Chile un Estado socialista. En el contexto de sus ideas, ese problema se resolvía, de un lado, tratando de legalizar e institucionalizar la "democracia popular" de base, y de otro, induciendo al pueblo para que legislara por sí mismo a ese respecto. Todas sus vías conducían, pues, a demandar la realización de una Asamblea Constituyente Popular.

5. LA POLÍTICA POPULAR DE RECABARREN: POR LA FUERZA DE LA INTELIGENCIA A LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE DE TRABAJADORES E INTELLECTUALES (1918-1925)

De un modo vago, la idea de convocar a una Asamblea Constituyente para "revisar" la Constitución de 1833 estuvo siempre presente en el Partido Democrático⁶³. En Recabarren, la idea de "revisión" se fue convirtiendo, sobre todo desde 1909, en "revisión total". De este modo, en su programa de 1912 planteó los cambios siguientes: supresión del ejército permanente, perfeccionamiento de las garantías constitucionales, nacionalización de los bienes del clero, formación de jurados populares, reconocimiento jurídico de la igualdad de sexos, abolición del Senado y del Consejo de Estado y "reemplazo del Presidente de la República por una comisión ejecutiva elegida directamente por el pueblo"⁶⁴.

La reforma total a la Constitución fue una idea que se decantó en Recabarren con relativa rapidez: provenía del programa original del Partido, pero en él, al calor de sus fuertes críticas, se radicalizó. La radicalización resultó por ello ideológica, casi mecánica. En cambio, la idea paralela de que el pueblo legislara e institucionalizara su propia democracia popular, provenía de su práctica mancomunista de terreno, dependía del grado de desarrollo alcanzado por el movimiento popular y, por tanto, era de lento desenvolvimiento político. Hasta 1912, la "democracia popular" era para él un hecho relevante pero sin valor estratégico, razón por la que, por esa época, vio el trabajo socialista en el municipio sólo como una acción de valor suplementario: "La acción municipal socialista tiende a perfeccionar todo lo que está a su alcance, pero muy especialmente a abaratar la vida... ha llegado a monopolizar algunos servicios como el de la leche, la luz, el agua, la locomoción urbana, etc. No ha descuidado la instrucción fomentando las escuelas municipales para llenar los vacíos que deja el descuido del Estado"⁶⁵.

⁶² *El Despertar...*, Iquique, 19/12/1914.

⁶³ Ver del Partido Democrático: *Primera Memoria Anual* (Santiago, 1888); *Programa del Partido Democrático aprobado por la Convención de 1910* (Santiago, 1910), y *Programa y Reglamento* (Santiago, 1923), (folletos).

⁶⁴ "El socialismo", loc.cit., p. 88.

⁶⁵ *Ibidem*, pp. 65-6.

Cinco años después, Recabarren veía la acción municipal socialista ya no como un medio para “perfeccionar todo lo que está a su alcance”, o para “llenar los vacíos que deja el descuido del Estado”, sino como una posibilidad cierta de socializar y colectivizar los servicios municipales, sustituyendo el capitalismo y reemplazando el descuidado centralismo estatal por ejes comunales de desarrollo socialista. Hacia 1917, a Recabarren se le hizo evidente que era más factible construir socialismo en los municipios antes que a nivel nacional. Escribió: “Nuestro ideal, fundamentalmente colectivista, iría afirmándose en las costumbres de una vida ciudadana cada vez más inteligente, que equivale a iniciar un modo de vivir socialista. El mejor gobierno nacional, el mejor parlamento, jamás podrán hacer la buena labor que corresponde a una administración comunal en manos del pueblo instruido e inteligente”⁶⁶.

En 1921, Recabarren fue aun más categórico, al considerar el municipio como la piedra angular del Estado socialista: “Cuando una ley declare propiedad nacional todo cuanto existe, esa misma ley confiará la administración de todo cuanto exista a cada municipalidad de la República, y como cada municipalidad es elegida por el pueblo, será el mismo pueblo quien administre la agricultura, las minas, el salitre, las industrias, el comercio, el transporte, etc.”⁶⁷.

La municipalidad, con todo, no era sino una “comisión emanada del vecindario”. Debía componerse, por tanto, de los delegados electos por las “asambleas de cada industria o faena” (que podían revocarlos cuando fuese necesario), y monopolizaba el “poder legislativo y ejecutivo dentro de cada comuna”. A su vez, cada municipio elegía a los delegados que constituirían la Asamblea Nacional, que a su vez designaría un Comité de Administración Nacional, con atribuciones puramente ejecutivas. El control de este sistema radicaba en los municipios, y tenía por objeto “quitar todo peligro de gobierno centralizado”⁶⁸. La organización mancomunal (ahora llamada “asamblea industrial”) se extendía así hacia el municipio y de aquí hacia el Estado nacional.

El proyecto político afinado por Recabarren en los críticos años 1912-1917, coherente en sí mismo, enfrentó sin embargo, después de 1917, una situación discordante: la comuna autónoma, escamoteada por la oligarquía, perdió vigencia en la conciencia socialista; la revolución bolchevique, por su parte, impuso una ortodoxia ideológica internacionalista por sobre el cavilar autóctono de Recabarren; mientras el avance acelerado del acontecer político nacional, seguido de cerca por la “inteligencia popular”, desembocaba en una Asamblea Constituyente antes de que el socialismo popular se hubiese consolidado en los municipios. Con todo ello, la política nacional (o superestructural) parecía estar en mejores condiciones que la política popular para apoderarse de la coyuntura. Todo esto, sin considerar el deterioro relativo del liderazgo de Recabarren.

La Primera Guerra Mundial descompuso el sector exportador y el comercio exterior chilenos, de lo que se siguieron consecuencias de corto y largo plazo. En el corto plazo, generó cesantía, inflación, agudización de la crisis social y desprestigio del sistema parlamentario y de la clase política. Para el largo plazo, inició el fin de la hegemonía

⁶⁶ Austral Editores, “Lo que puede hacer el Municipio en manos de un pueblo inteligente”, en op.cit., II, pp. 434-448-50 y 453.

⁶⁷ Austral Editores, “¿Qué queremos federados y socialistas?”, op.cit., I, pp.136-7.

⁶⁸ *Ibidem*.

⁶⁹ Ver de G. Salazar, *Violencia política popular en las ‘grandes alamedas’* (Santiago, 1990), pp. 76-90.

mercantil del capital extranjero y el inicio del nacionalismo industrial⁶⁹. En ese contexto, el movimiento popular reconstruyó su mística, incrementó el número de huelgas, reorganizó sus federaciones y retomó las banderas de su política popular⁷⁰.

El desarrollo de ese proceso coincidió con la revolución bolchevique y los viajes de Recabarren a Buenos Aires (1916-1917) y a la Unión Soviética (1922). Efectos directos del impacto producido por esa revolución y las definiciones teóricas de la III Internacional sobre la cultura acumulada del socialismo chileno —del que Recabarren fue un exponente orgánico— fueron la adscripción de la Federación Obrera de Chile (FOCH, radicalizada después de 1915) a la Internacional de Sindicatos Rojos a fines de 1921, y la transformación del Partido Obrero Socialista en Partido Comunista, a comienzos de 1922⁷¹. A pesar de que ambas decisiones no eran plenamente congruentes con sus afinamientos teóricos localistas del período 1914-1917, L. E. Recabarren tomó parte activa en ellas. ¿Por qué?

Al parecer, la “crisis gremial” posterior a 1907 y las agrias polémicas que sostuvo después de 1912 con diversos líderes e intelectuales (Eduardo Gentoso, Víctor Domingo Silva, Martín Pinuer, entre otros), con la Gran Federación Obrera de Chile (“amalgama híbrida”), con gremios menores y aun con sus compañeros de la Cooperativa Tipográfica (“la calumnia no ha agotado quizás todo su repertorio para arrojarlo contra mi persona”), debilitaron su interacción fluida con el movimiento social, obligándolo a desarrollar sus ideas a un nivel mayor de abstracción⁷². Su viaje a Buenos Aires acentuó esa tendencia, lo que, en cierto modo, explica su adhesión entusiasta, en febrero de 1918, a la revolución bolchevique: “Lleva apenas poco más de un mes el régimen maximalista y podemos decir que ha avanzado más de un siglo en tan poco tiempo. Francia, a 130 años de la gran revolución no ha recorrido tan hermoso camino con horas tan difíciles... El sueño y utopía de esos locos llamados socialistas pasa a ser hoy no sólo una realidad, sino que la fuente de todo progreso y felicidad humana; esto era lo más temido por la clase capitalista de Rusia y de todas partes... Doy sin vacilar mi voto de adhesión a los maximalistas rusos”⁷³.

Con todo, su adhesión al bolchevismo se mantuvo en un plano internacionalista, pues no le impidió, en agosto del mismo año 1918, justificar la refundación de la FOCH en los términos de su ideario localista, al señalar que, frente a la crisis gremial, esa federación tenía que ser “una fuerza obrera que llegue a ser un poder obrero con capacidad para darnos, a toda la clase proletaria, los elementos necesarios para mantener satisfecha nuestra vida”⁷⁴. Sus escritos del período 1918-1922, pese a las decisiones bolchevistas de que formó parte, tendieron a desenvolver la línea de acción adoptada hacia 1900, conducente a lo que él llamó en 1920 “nuestra revolución”.

En julio de 1919, luego de haberse realizado las grandes manifestaciones de la AOAN (Asamblea Obrera de Alimentación Nacional, una suerte de Mancomunal Nacional transitoria) y decretado el Estado de Sitio por parte del Gobierno, Recabarren insistió: “repetimos: solamente la capacidad intelectual, la cultura, la moral, son condiciones generadoras de fuerzas reales y progresivas”⁷⁵. Pero también se entusiasmó con la fuerza

⁶⁹ C. Pizarro, *La huelga obrera en Chile* (Santiago, 1986).

⁷¹ Ver de P. de Shazo, op.cit., passim.

⁷² *El Despertar...*, Iquique, 1/01/1914 y *El Socialismo ¿cómo se realizará el socialismo?* (Taltal, 1916).

⁷³ *Adelante*, Talcahuano, 5/02/1918.

⁷⁴ *El Socialista*, Antofagasta, 20/08/1918.

⁷⁵ *Ibidem*, 19/07/1919.

propia desplegada por la AOAN, tanto como para ver en ella “la verdadera organización de la clase obrera”, que estaba trabajando por “la verdadera unidad” y por “hacer una obra estable... para la felicidad de la clase obrera”. Y agregó: “nunca antes los obreros de Antofagasta han hecho una obra igual, tan grande como ésta”⁷⁶. Y de nuevo, desde la cárcel, insistió en que el proletariado debía “perfeccionar su capacidad... saber conducir su propia economía, saber desenvolver y perfeccionar su propio hogar...”⁷⁷. En julio de 1920 sintetizó su pensamiento de un modo categóricamente claro: “La revolución social tiene por fundamento la organización de un Estado social basado en principios de absoluta justicia y moral, y tiene por medios la instrucción, la organización y progresiva capacidad del pueblo para llegar con la huelga general a inmovilizar las funciones del Estado capitalista. Esta revolución sólo se produce cuando el estado de conciencia de la masa organizada se siente capaz para la administración del nuevo Estado social... La clase proletaria no necesita, como la burguesía, promover motines cuarteleros para garantizar su revolución. La huelga general es un arma superior a todo ejército”⁷⁸.

¿Había alcanzado el pueblo chileno, hacia 1920, la capacidad para “administrar el nuevo Estado social”? Tal vez aun no, pero en opinión de Recabarren, se hallaba en un nivel relativamente óptimo de desarrollo, como para decir: “sólo le falta en la actualidad un elemento importante para adquirir el máximo de cohesión: un diario en la capital”⁷⁹. O como para afirmar, tras ser electo diputado en 1921, que lo que los trabajadores necesitaban era “la reconstrucción total de la organización del Estado, y esa reconstrucción no la puede hacer un parlamento de capitalistas: es sólo el pueblo la única fuerza capaz de esa reconstrucción”; que no tenía sentido luchar por leyes “de parche”; y que él iba al Congreso para señalarle al pueblo, desde esa tribuna, cuál era “el camino más corto para su completa liberación y felicidad”⁸⁰. En consecuencia, el Congreso “no nos hace falta, pues de cada escaño, de cada piedra podemos hacer una tribuna, desde la cual podemos decir tanto y algo más que lo que se puede hablar desde un parlamento”⁸¹. La reconstrucción total del Estado, en consecuencia, debía ser un ejercicio exclusivo de la soberanía popular, de la primacía de “los intereses sociales, que están por encima de todo ideal político que haya logrado dominarnos hasta hoy”⁸².

Es indudable que, si bien la capacidad del pueblo pudiera no haber sido suficiente en 1920 como para administrar el “nuevo Estado social”, si lo era para que Recabarren devaluara su propio acceso al Congreso y revalorizara a cambio el rol protagónico del pueblo en la reconstrucción total del Estado. Por lo que, en 1921, redactó su Proyecto de Constitución Socialista, “para que, cuando la Federación Obrera de Chile tenga suficiente capacidad, pueda hacerlo ley de la República”⁸³. En el Artículo 1 de ese Proyecto anotó: “constituyen el Estado chileno las Asambleas industriales y municipales que organiza esta ley en los territorios municipales establecidos o que se establecieron”, las que administrarían todos los recursos locales, y a través de la Asamblea Federal Nacional, los

⁷⁶ *Ibidem*, 1/11/1919.

⁷⁷ *Ibidem*, 8/06/1920.

⁷⁸ *Ibidem*, 1/07/1920.

⁷⁹ *El Socialista*, Antofagasta, 1/07/1920.

⁸⁰ *Ibidem*, 23/02/1921.

⁸¹ *El Productor*, Iquique, 12/09/1921.

⁸² *La Jornada*, Schwager, 11/07/1920.

⁸³ Austral Editores, “¿Qué queremos federados y socialistas?”, op.cit., I, p.142.

intereses nacionales⁸⁴. Chile sería un Estado Federal, con tribunales judiciales nombrados por las asambleas locales, e instrucción primaria y secundaria dependiente de los municipios. Este tipo de organización (“organización comunista”) reemplazaría a la existente, imponiéndose la “dictadura del proletariado” a través de la Federación Obrera. Sin embargo, el punto primordial era que la Constitución fuera dictada por el propio pueblo, porque “El pueblo es una autoridad superior al Congreso y al Gobierno...si el pueblo es burlado por los legisladores gobernantes, el pueblo debe tener la autoridad de legislar y gobernar directamente por otros órganos que los actuales”⁸⁵.

Fue bajo esta corriente de ideas que Recabarren suscribió las decisiones ‘ortodoxas’ de la FOCH y el POS en 1921 y 1922, respectivamente. Es decir: subordinando todo el proceso revolucionario a la primacía de lo social sobre lo político, privilegiando en todo momento el pleno desenvolvimiento de la inteligencia popular. Su definición de lo que debía ser el flamante Partido Comunista ratificó esa idea matriz: “El Partido Comunista no es ni será jamás un partido político, puesto que no admitirá nunca relaciones políticas con los partidos de la clase capitalista. La acción electoral sólo la admitimos como un instrumento de lucha y con carácter revolucionario, nunca con carácter político. El Partido Comunista tiene como objeto inmediato capacitar, orientar y disciplinar científicamente a sus adherentes, para que constituyan la vanguardia revolucionaria del pueblo y desparramando sus miembros en todos los sindicatos ayuden a dirigir la marcha del proletariado hacia el triunfo final”⁸⁶.

La expresión “vanguardia revolucionaria” no pertenecía al léxico original de Recabarren, de modo que no cabe asumirla como una categoría central en su pensamiento. Que no era, lo demostró dos meses más tarde, al insistir en que “la revolución social tiene que ser obra de las masas trabajadoras de la ciudad y del campo. Es preciso reconocer esta realidad. La FOCH, en este sentido, tiene una función educativa y directiva en el seno de la clase proletaria... es decir, preparar las fuerzas obreras en el sentido de desarrollar su capacidad y disciplina... Sin realizar esta misión capacitadora, que alcance hasta las familias de nuestros afiliados, nada valioso podremos alcanzar. Quienes quieran llegar más pronto a un régimen comunista deben desarrollar desde ya la labor semanal de educación revolucionaria”⁸⁷.

Desde fines de 1922 hasta mediados de 1923, Recabarren viajó por la Unión Soviética. Durante su ausencia, el movimiento popular chileno ingresó en una nueva fase de movilización, en respuesta, sobre todo, al evidente fracaso del gobierno populista de Arturo Alessandri Palma. Su retorno al país dio inicio a la revitalización de su liderazgo social y político, al paso que la demanda de Asamblea Constituyente ganaba terreno en la conciencia social. Sobre todo, por el notorio empantanamiento de la clase política. Ante eso, en septiembre de 1924, la oficialidad joven del Ejército —que simpatizaba con las ideas reformistas— derrocó al Presidente, lo envió al exilio, y nombró una Junta de Gobierno⁸⁸. El manifiesto de los golpistas coincidía con las demandas populares. Surgió así una inesperada situación ‘pre-revolucionaria’, que podía desenvolverse en la direc-

⁸⁴ *Ibidem*, p.143.

⁸⁵ Austral Editores, “¿Qué queremos...?”, *op.cit.*, p.159.

⁸⁶ *La Federación Obrera*, Santiago, 7/04/1922.

⁸⁷ *Ibidem*, 18/06/1922.

⁸⁸ Una visión global en R. Donoso, *Alessandri, agitador y demoleador* (Santiago, 1952), 2 vols.

ción apuntada por Recabarren. Sin embargo, había desconfianza... “No es culpa nuestra —dijo Recabarren— dudar de las buenas intenciones de los hombres. Fuimos eternamente engañados... por eso hemos gritado: ¡sólo el pueblo, con el poder político en sus manos, puede hacer la felicidad social!... El momento actual es totalmente revolucionario, revolución serena y tranquila, como muchas veces la hemos soñado, como la entreviera Emilio Zola en ‘Trabajo’... ¿Quiénes van a dirigir esta revolución? No habremos de hacernos la ilusión que de esta Asamblea Constituyente vaya a surgir una república comunista ni anarquista, pero debemos trabajar para que surjan por lo menos los elementos con que hacerla un poco más adelante. El momento presente es el más culminante de nuestra historia”⁸⁹.

La desconfianza tenía base: la Junta Militar, a dos meses del pronunciamiento, desechó la Constituyente y llamó a elecciones parlamentarias. La clase política ganó terreno y el movimiento popular fue, una vez más, y en el “momento más culminante de su historia”, engañado.

En diciembre de 1924, en tiempos de engaño, se suicidó Luis Emilio Recabarren. Su funeral dio lugar a una enorme demostración de pesar popular.

Una nueva acción militar, a comienzos de 1925, repuso los objetivos originales del golpe. Se llamó al Presidente exiliado, para que dirigiera el proceso que culminaría en la Asamblea Constituyente. Confiando en esa posibilidad, las organizaciones populares decidieron *anticiparse a la agenda política, y se auto-convocaron, soberanamente, a la Asamblea Constituyente de Trabajadores e Intelectuales*. En marzo de 1925, en medio de una gran agitación popular, esa Asamblea se reunió en el Teatro Municipal de Santiago. Los diarios oficialistas resaltaron la solemnidad del evento, el alto nivel de los debates, y la solidez de los alegatos proletarios, que superaron a los expuestos por los intelectuales. Los “principios constitucionales” que allí se aprobaron establecían en Chile un Estado Federal, un Congreso unicameral económico-técnico, la igualdad jurídica entre el hombre y la mujer, la función social de la propiedad, y la milicia ciudadana (se disolvían las Fuerzas Armadas)⁹⁰.

No hay duda que la coyuntura 1924-25 fue un “momento político culminante de la historia popular”, en la línea del proyecto político concebido y difundido por Recabarren. Debió ser, por lo tanto, también, el momento culminante de su liderazgo. Y en cierto modo lo fue, en cuanto la Asamblea Constituyente Popular se autoconvocó, tuvo lugar, y acordó un conjunto de principios constitucionales que reprodujeron los mismos acápites de los proyectos redactados por Recabarren en 1912 y en 1921. Con una excepción: la Constituyente Popular no legisló en torno a los municipios con la misma fuerza y rango estratégico como, antes, lo había programado Recabarren.

Recabarren no presenció ni lideró, pues, ni la culminación del proceso ni la culminación de su proyecto. Tampoco presenció cómo la clase política y la alta oficialidad de las Fuerzas Armadas, apoyadas por la vieja oligarquía económica, engañaron de nuevo al pueblo desde abril de 1925, cuando ignoraron, descartaron y olvidaron la soberanía y la inteligencia populares, sus actos legislativos, y sus “principios constitucionales”. Como también el inconfundible sello social de la política popular de Recabarren. Era la sistematización del nuevo engaño.

⁸⁹ Justicia, Santiago, 13/09/1924.

⁹⁰ G. Salazar, “La Asamblea Constituyente de Trabajadores e Intelectuales de 1925”, *Página Abierta*, 50 y 51 (Santiago, 1991).

6. EL HOMBRE Y LA COTIDIANEIDAD

En 1904, Alejandro Escobar, otro líder obrero, conminó a Recabarren a definirse: “¿Es usted socialista? ¿Es usted anarquista? ¿O es demócrata? No lo sé. Pero me lo figuro las tres cosas a la vez, usted es triple...¿qué propaganda es la que usted quiere hacer?”⁹¹. Y la respuesta fue un auto-retrato político: “¿Qué soy yo?... ¡Soy socialista revolucionario! Eso es lo que indican mis escritos y mi labor. Promesas no hago jamás... ¿Qué objetivo persiguen todas las escuelas socialistas? El fin que dicen persiguen socialistas, demócratas y anarquistas y demás es, buscando el término más adecuado a todos: la felicidad proletaria, para llegar a la felicidad universal. Pero antes de llegar allá hay una muralla que se llama burguesía y sus anexos, que estorba el paso a todos los que van. Yo soy de opinión que si todos estamos de acuerdo en que es necesario pasar al otro lado de la muralla, cada cual pase como en conciencia crea mejor, pero si usted que pretende pasarla al salto con riesgo de quebrarse me insulta de que hago mal de pretender pasarla por medio de una escalera, no considero razonado el proceder... Soy socialista revolucionario y entre los medios que llevo en mi bagaje... está el parlamentarismo; por esta razón milito en el partido Demócrata”⁹².

Luis Emilio Recabarren Serrano nació en Valparaíso en julio 6 de 1876, siendo sus padres José Agustín y Juana Rosa, pequeños comerciantes. Estudió en la escuela Santo Tomás, pero desde los 14 años tuvo que trabajar como obrero tipógrafo. Éste fue el oficio de toda su vida. Aunque, en verdad, no fue un simple obrero sino un pequeño empresario del periodismo popular, pues organizó varias cooperativas tipográficas y fundó y dirigió numerosos periódicos, todos proletarios y comprometidos con la causa del socialismo. Este rol empresarial y directivo le significó, a veces, ser acusado de “explotador”.

“La Sociedad Mancomunal cuenta con un periódico que está bajo mi redacción y responsabilidad donde sólo hemos dicho la verdad... Se ha dicho por la prensa que los directores viven con grandes sueldos que salen de la caja social. Esta es la más audaz y grosera mentira: el presidente y el tesorero son estibadores que trabajan descalzos y semidesnudos en las bodegas de los buques salitreros; el vicepresidente es lanchero; el secretario, hojalatero... La imprenta tiene tres tipógrafos que trabajamos día y noche; el suscrito, con \$ 250 mensuales; Amador Echagüe con \$ 80, y un joven Carlos Madrid con \$ 45 mensuales; todos estos sueldos salen de las entradas de la misma imprenta, y son el fruto de nuestro trabajo...”⁹³.

Su oficio determinó, en gran medida, su modo de hacer política: fue un obrero más ilustrado que el promedio y un educador popular. Es decir: “un agitador, un subversivo y un hombre peligroso para el régimen”. Así se vio él: “Nosotros, los agitadores, que también somos oprimidos y trabajadores, consideramos más sagrada la posesión de la libertad individual. El explotador es rico y poderoso, el agitador pobre y débil. El explotador roba el trabajo al obrero y lo veja, el agitador le da a comprender estas acciones. El explotador goza de toda libertad para oprimir, el agitador es perseguido y castigado injustamente. El explotador propaga la ignorancia y el vicio, el agitador vierte luz y aconseja moderación”⁹⁴.

⁹¹ *Tierra y Libertad*, Casablanca, 2da.Quincena /08/1904.

⁹² *Tierra y Libertad*, Casablanca, 2da.Quincena /08/1904.

⁹³ *El Trabajo*, Tocopilla, 21/02/1904.

⁹⁴ *El Proletario*, Tocopilla, 28/02/1905.

El agitador era, pues, un actor indispensable para el desenvolvimiento cultural y político del proletariado. ¿Qué ocurriría si no hubiera agitadores?: “cuando no haya agitadores, reinará la llamada paz varsovia, porque cada pulmonero se habrá asegurado la sumisión y mansedumbre de sus pobres víctimas”⁹⁵.

El agitador no era, sin embargo, un simple trabajador de imprenta, sino un activista atareado en “excursiones de propaganda”, encabezamiento de “mitines”, redacción de artículos y “conferencias educativas”; todo dirigido a los trabajadores que, reclusos y dispersos en ciudades y desiertos, aguardaban con ansiedad “la luz” de la ciencia y la política populares. Lo que era intenso, pero agotador.

“Los preparativos para nuestra excursión de propaganda al Coloso no fallaron y el viaje se realizó con toda felicidad. A las 12:30 partimos de la Avenida Brasil Antonio Cornejo, presidente de la Mancomunal, Ismael Muñoz, vice de la misma, Manuel Muñoz, Luis Donoso y el que suscribe. El trayecto se hizo a caballo. Eran las 14:30 cuando nos desmontábamos en medio de los saludos y manifestaciones de cariño de los mancomunales del Coloso. Se nos brindó una copa de cerveza para refrescar el cuerpo. A las 15:30 se abrió la sesión, presidida por el compañero Cornejo, quien en un discurso florido y lleno de entusiasmo... Enseguida se me ofreció la palabra... Después usaron la palabra el compañero Ismael Muñoz, Manuel Muñoz y otros compañeros... todos los discursos fueron entusiastamente aplaudidos... La reunión se había efectuado en plena pampa, a donde concurrieron casi todos los habitantes del Coloso. Terminada la sesión, se sirvió un abundante lunch... Enseguida nos retiramos, y emprendimos viaje a Antofagasta lanzando los corceles en briosa carrera por la orilla de la playa. Llegamos satisfechos de ver los preciosos frutos de la propaganda educativa y moral que empujan nuestras mancomunales”⁹⁶.

Las excursiones podían ser, sin embargo, tensas y riesgosas: “al llegar a Toco no nos fue posible irnos de inmediato a las oficinas. Hubo que evitar la odiosa persecución de los que se enriquecen a costa del trabajador. Tuvimos que esperar la noche, escurriéndonos a la sordina, como aves malhechoras, para evitar un tropezón con los serenos... La noche era hermosísima. El astro nocturno era la única luz que en la inmensidad de esas pampas nos servía de compañero y guía”⁹⁷. Y no era raro hallar en la ruta a los mártires de la misma lucha: “Nos dirigimos a caballo tomando la línea del ferrocarril. A pasos del Toco nos detuvimos ante una cruz plantada a la orilla de la línea. Era la señal donde la autoridad asesinó al compañero Juan Tapia en la huelga de septiembre pasado... la cruz ha sido derribada varias veces”⁹⁸. O, en el sur, tener que ‘agitar’ bajo una lluvia implacable: “...tomamos el tren para Curanilahue... Nuestra llegada fue un acontecimiento. Estaba en la estación y fuera de ella una inmensa multitud delirante de entusiasmo, que cantaba y gritaba vivas a la revolución social. Nos pusimos en marcha bajo una lluvia impertinente... hasta el patio del local federal, donde tuvimos que hablar... Estábamos mojados, pero nos era tan agradable dirigir la palabra a nuestros compañeros...”⁹⁹.

Todo ese entusiasmo agitativo era para las autoridades, sin embargo, subversión. “Queramos o no —escribió Recabarren en 1919— tenemos que aceptar el título de

⁹⁵ *El Socialista*, Antofagasta, 31/01/1920.

⁹⁶ *El Proletario*, Tocopilla, 14/11/1905.

⁹⁷ *El Trabajo*, Tocopilla, 26/01/1905.

⁹⁸ *Ibíd.*, 23/02/1905.

⁹⁹ *La Federación Obrera*, Santiago, 11/01/1922.

'peligrosos' o de 'subversivos'... Toda persona que se dedique a instruir al pueblo tendrá que aceptar como anatema el calificativo de subversivo... Yo fui expulsado de la Cámara, teniendo mayoría legítima (porque) no era posible que un individuo que sustentara ideas de disolución social ocupara un asiento en el Congreso de Chile"¹⁰⁰. Pero el "subversivo" no sólo no era admitido en la Cámara: también se le requería por la justicia y se le enviaba por largos períodos a la cárcel:

"¿Por qué estoy preso? Sólo a mí se me ocurre esta pregunta. Quizás la haga al mirar este cuartucho estrecho y oscuro donde apenas hay una media ración de oxígeno para alimentar mis pulmones... el juez ordenó a la pandilla de sargentones que me encerraran en un calabozo oscuro, donde nadie me vea, donde no pueda leer, ni escribir, para modelar mis pensamientos que fluyen y refluyen... Y aquí estoy, dejando pasar el tiempo, garabateando estas cuartillas de papel para dormir menos, para pensar más, para cometer otro delito, diré otro crimen, porque en este pueblo es un crimen escribir o pensar"¹⁰¹.

Aun si perseguido y encarcelado, el agitador debía arrostrar también la crítica de sus compañeros. Y el desprestigio. Entre 1912 y 1918 Recabarren se sintió a menudo traicionado e injuriado: "La mayoría de los trabajadores me considera un explotador y un vividor. *El Despertar* es para explotarlos; las organizaciones, para vivir de las cuotas, y así por el estilo. Dicen que sólo estoy acumulando dinero para irme... Hay momentos en que quisiera huir de aquí, por la debilidad de los amigos y la infamia de los enemigos; unido a un clima atroz, donde no se ve sino pampas desiertas o pueblos sin árboles"¹⁰².

En las rutas de propaganda siempre podía hallarse, sin embargo, un remanso. Amigos. Socialistas de corazón. También esa mujer o compañera que revivificaba todo.

"La mujer seduce, la mujer encanta, la mujer atrae y sugiere cuando pone amor y abnegación en su labor, por ignorante que sea... La mujer tiene virtudes y cualidades invencibles que el hombre no posee para alcanzar muchos progresos en la tarea de nuestra organización. Esas virtudes y cualidades son sus bellezas morales y físicas, su abnegación, el cariño que pone en la acción..."¹⁰³.

Recabarren se casó en 1894 con Guadalupe del Canto, con quien tuvo dos hijos. Pero ella no pudo adaptarse al tipo de vida de su compañero, por lo que la unión se rompió, irreversiblemente. Hacia 1908 él conoció a Teresa Flores, quien, por muchos años, fue su compañera de ruta. A ella le escribía en 1909, desde la cárcel de Los Andes:

"Vago por el mundo, errante, sin encontrar una mano amiga que me acompañe en la soledad de la vida. Yo necesito una compañera que comparta conmigo los pensamientos y los sentimientos. No penséis que necesito una mujer. Es mi alma que necesita una hermana... no es que sienta miedo de ir solo. Es que dos almas fundidas producirán doble cantidad de enseñanzas y dobles serán los efectos de su acción"¹⁰⁴.

Recabarren fue insistente en señalar que el socialismo debía asegurar la total igualdad entre el hombre y la mujer. Y respetó como a una igual, y admiró sin ambages, a Belén de Zárraga. Y dijo de Eloísa Zurita: "es una joven y gentil luchadora... Su voz es el eco de la justicia. Dotada de una elocuencia natural que arroba, que embelesa; es la expresión de una conciencia sana. Eloísa Zurita es una mujer moderna, una verdadera revoluciona-

¹⁰⁰ *Numen*, Valparaíso, 21/03/1919.

¹⁰¹ *El Marítimo*, Antofagasta, 26/03/1904.

¹⁰² *El Despertar*..., Iquique, 27/01/1914.

¹⁰³ *El Socialista*, Antofagasta, 16/07/1920.

¹⁰⁴ *El Despertar*..., Iquique, 30/04/1912.

ria. Conversé con ella largamente, como con una hermana de lucha social con quien había muchas cosas de que hablar, recordar, preparar..."¹⁰⁵.

La mujer. La mujer, "que sabe seducir, que embelesa, que lucha"... "Al verte que venías quise hacerte una broma cariñosa y me subí dentro de un auto a esperar que pasaras. Creí que no me habías visto. Cuando subiste y te sentaste a mi lado ofreciéndome, graciosa, tu boca para que la amara y la besara, ya el auto corría por la ciudad... Las escenas anteriores nuestras, casi siempre obligadamente silenciosas, necesitaban su expansión, ahora que íbamos libres y que podíamos conversarnos, decimos en palabras todo aquel amor ya dicho en deleites casi mudos"¹⁰⁶.

7. VIGENCIA ACTUAL DE L. E. RECABARREN

En octubre de 1924, semanas antes de su muerte, Recabarren se vio envuelto en un durísimo intercambio con lo que él mismo llamó la "nueva generación comunista"¹⁰⁷. ¿Había ya perdido vigencia el líder *social* frente a la generación ortodoxa que, a la larga, construyó el subsistema *político* del populismo en Chile?

Sea lo que fuere, después de 1925 el perfil liberal de Recabarren se fue diluyendo en el trasfondo de los emergentes caudillos y partidos políticos de Izquierda. Hoy, cuando el populismo es una actitud descalificada por la clase política parlamentaria, la clase popular —aun no extinguida por las "modernizaciones" recientes— tiende a percibir su autonomía y a redescubrir las potencialidades históricas de su identidad social. En este contexto, la política popular y el liderazgo social de Recabarren cobran nueva vigencia. Cuando menos, para revivificar la "luz" con que quiso iluminar al "bajo pueblo"¹⁰⁸.

¹⁰⁵ *El Proletario*, Tocopilla, 21/10/1905.

¹⁰⁶ *El Socialista*, Antofagasta, 1/05/1921.

¹⁰⁷ *La Justicia*, Santiago, 6,12 y 15/10/1924.

¹⁰⁸ Parte de este estudio está basada en la recopilación de escritos de prensa realizada por X. Cruzat y E. Devés, *Recabarren. Escritos de prensa* (Santiago, 1985-7), 4 vols. Se han tenido también a la vista los siguientes trabajos, aparte de los citados a pie de página: J.C. Jobet (Ed.), *L.E. Recabarren. Obras escogidas* (Santiago, 1965); Edit. Quimantú, *Recabarren. Obras Selectas* (Santiago, 1971). Cabe citar también de A. Witker, *Los trabajos y los días de Recabarren* (La Habana, 1977); J. Massardo, "La formation de l'imaginaire politique chez L.E. Recabarren" (París, 1989) (Manuscrito) y E. Devés & C. Díaz (Eds.) *El pensamiento socialista en Chile. 1893-1933* (Santiago, 1987).